

El segundo piso le resultó más largo y sin encanto. La mujer se abandonaba, hacieza cada vez más pesada. El hierro de sus colgajos de adorno, que al principio acariciábale como un cosquilleo, entraba poco a poco y cruelmente en sus carnes.

En el tercero respiraba anheloso como un cargador de pianos: faltaba el silencio; mientras que ella, encantada, entornados los párpados: "¡Oh, querido, qué bueno es esto... qué bien se val..." Y los últimos peldaños que iba subiendo uno a uno, antojáronsele los de una gigantesca escalera, cuyas paredes, tramos y estrechas ventanas daban vueltas en espiral inacabable. No era una mujer lo que llevaba, sino más bien una cosa pesada, horrible, que le ahogaba y que a cada instante veíase tentado a soltar, a tirar lejos de sí con ira, a riesgo de un choque brutal.

Al llegar al estrecho descansillo: "¡Ya!..." dijo ella abriendo los ojos. Y él pensaba "¡por fin!..." pero no pudo decirlo, muy pálido, llevándose ambas manos al pecho que estallaba.

Toda su historia fué aquella subida de la escalera, en medio de la tristeza gris de la mañana.